

en la antecámara real. Este incesante servicio tenia fatigado al soldado, que apenas podia disponer del tiempo necesario para comer y dormir un instante durante la noche. Los soldados, lo mismo que los oficiales, comprendian que si el preso lograba huir de la prision, debian esperar verse atacados, en el mismo dia, por los numerosos ejércitos mejicanos, que anhelaban la lucha. Esta consideracion hacia que todos prestasen gustosos sus servicios. Sin embargo no faltó un soldado que se manifestó descontento del continuo trabajo, y que, disgustado, profiriese palabras poco respetuosas delante de Moctezuma. Era un excelente ballero llamado Pedro Lopez. Al tocarle el cuarto de vela, que tenia que hacer en la guardia del monarca, exclamó de mal humor, dirigiéndose al compañero que relevaba: «Reniego de la vela que hay que hacer á este perro, pues por cuidarle está uno muriéndose de fatiga» (1). Oyó Moctezuma las referidas palabras, y entendiendo el sentido de ellas, puso en conocimiento de Cortés lo acontecido. Indignado el caudillo español por la falta de respeto al monarca azteca, mandó azotar al soldado, y le hubiera mandado ahorcar, segun algunos historiadores refieren, á no haber intercedido en su favor el mismo Moctezuma. Pero eran muy raros los casos de irreverencia hácia el monarca azteca. Por el contrario, todos los soldados parecian competir en el deseo de manifestarle su respeto y cariño. Su bondad, su generoso desprendimiento, su apacible trato le conquistaron las simpatías del ejército entero, que llegó á sentir por él un aprecio profundo.

(1) «Oh pesia tal con ese perro, que por velalle á la continua estoy muy malo del estómago, para me morir.»—Bernal Diaz del Castillo.

La prision de Moctezuma, ejecutada en su mismo palacio, fué uno de esos golpes atrevidos que mas que á la historia parecen pertenecer á los hechos fabulosos. Todos los historiadores lo han considerado como un acto de osadía que solo pudo ser concebido por un hombre extraordinario, que reunia á una imaginacion de grandes recursos, un corazon resuelto y un brazo poderoso para ejecutar lo concebido (1). Respecto de la legalidad ó ilegalidad del acto, reconocido como estaba en aquella época, por todas las naciones, el derecho de conquista, se han emitido diversas opiniones; pero todos convienen en que no siendo las circunstancias en que se hallaba Hernan Cortés nada á propósito para detenerse ante la forma de los procedimientos del derecho de gentes, la determinacion que tomó era la única que podia salvarle. Aun cuando Moctezuma, hasta entonces, no tuviese proyectado ningun acto hostil contra los españoles, podia de un momento á otro mirar sus consejos como ofensivos á su dignidad, y tratar de librarse de los que se mostraban contrarios á su religion y á sus dioses. Varias dificultades podrian surgir de la crítica posicion que ocupaba, que diesen por resultado la determinacion de la ruina de los extranjeros. El sostenimiento del ejército español y del tlaxcalteca, altamente gravoso para el erario, debía disgustar así al monarca como al pue-

(1) Prescott dice que fué «un arbitrio, que solo el mas resuelto espíritu en el extremo más desesperado pudiera concebir». El historiador D. Antonio Solís le llama «atrevimiento sin ejemplar: accion que siendo verdad parece incompatible con la sencillez de la historia; y pareciera sin proporcion cuando se hallara entre las demasías ó licencias de la fábula». D. Lucas Alaman: «golpe de audacia de los mas pasmosos que la historia presenta.»

blo. La presencia de las tropas tlaxcaltecas, que odiaban á los mejicanos como éstos odiaban á ellas, podia provocar conflictos graves. Por otra parte, Hernan Cortés temia que se repitiesen las conspiraciones de Cholula que, en su concepto, habian sido dispuestas por el soberano. Lo acontecido con el gobernador de Veracruz Juan de Escalante, le hacia ver que no debia confiar en las promesas de afecto y de amistad. Los estorbos puestos en uno de los caminos en su marcha á la capital, para hacerle caer, como le habian asegurado, en una celada puesta por Moctezuma; las amenazas del pueblo dirigidas á los aliados; todo persuadia á un cambio próximo que diese por resultado la ruina de los castellanos. No podia esperar de sus contrarios que respetasen el derecho de gentes, sino que aprovecharan la oportunidad de atacarle cuando mas confiado estuviera. Hernan Cortés creyó evitar ese golpe apoderándose del jefe del Estado antes de que estallase la tempestad. Moctezuma era, para los mejicanos, una especie de divinidad; una persona sagrada, elegida por los dioses para regir los destinos de la patria, y cuyas determinaciones estaba obligado á respetar el pueblo. Su mandato era una garantía segura de la obediencia del país entero. Una vez en poder de los españoles, se veria precisado á dictar órdenes favorables á ellos, y nada se debia temer.

Habian transcurrido cerca de veinte dias desde la prision de Moctezuma. La llegada de Quauhpopoca que habia mandado matar en su palacio á los españoles que por solicitud suya le envió el gobernador de la Villa Rica, se esperaba de un momento á otro. En su compañía debian llegar los demás jefes y caciques que habian hecho la

guerra á los castellanos, causado la muerte de varios y la del mismo gobernador Juan de Escalante. Pronto, con efecto, se vió entrar en la ciudad á los enviados por el monarca, con los que debian dar cuenta de los actos de que eran acusados. Iba Quauhpopoca en ricas andas llevadas en hombros de sus esclavos, ostentando un rico traje y valiosas joyas. Detrás, en otra litera de menos lujo, marchaba un hijo suyo; y en seguida otros quince nobles, cómplices en las hostilidades contra los castellanos de Veracruz.

Cuando llegó Quauhpopoca al cuartel, bajó de sus andas y se dirigió hacia las habitaciones de Moctezuma. Antes de entrar en el salon en que se hallaba, se descalzó, segun el ceremonial observado en palacio, y cubrió sus ricos vestidos con una manta ordinaria hecha de los rudos hilos del maguey. Introducido así en la sala de audiencia, saludó al rey con las ceremonias humillantes de casi veneracion que la etiqueta palaciega exigia de todos los vasallos, y que en aquel momento hubiera podido tomarse por un sarcasmo, viendo la situacion de la persona que recibia los actos de profundo respeto.

Indicándole el rey, con una señal, que hablase, el gobernador azteca manifestó que, acatando la orden suprema, se habia puesto inmediatamente en camino, pronto á cumplir en todo la voluntad de su magnánimo soberano. Moctezuma le reprendió, con enojo, los actos de hostilidad cometidos contra los españoles, y añadió que seria castigado como traidor, por haber tenido la temeridad de mentir diciendo que obraba por órden de su soberano. Quauhpopoca quiso disculparse; pero el rey se negó á

escucharle, y le entregó á Cortés, con los demás cómplices, para que les juzgase.

El general español procedió al interrogatorio, y confesaron llanamente los hechos, sin culpar en nada al monarca. Preguntó en seguida Cortés á Quauhpopoca si era vasallo de Moctezuma. «¿Acaso hay otro señor, de quien yo pudiera serlo?», contestó con arrogancia el jefe azteca (1).

El interrogatorio continuó; y aunque insistieron en negar que habian obrado por orden superior, cuando se vieron sentenciados á muerte hicieron recaer la culpa sobre el monarca, diciendo que, sin sus órdenes, jamás se hubieran atrevido á hostilizar á los extranjeros (2).

Hernan Cortés, manifestando que no creia en la disculpa que daban, sino en que habian obrado por voluntad propia, y contra las órdenes de su rey, les condenó á ser quemados vivos delante del palacio real, como reos de lesa majestad.

Mientras se hacian los preparativos para ejecutar la sentencia, Hernan Cortés se dirigió á la habitacion de Moctemuzá con tres capitanes y un soldado que conducia en la mano unos grillos. El jefe español se acercó al monarca azteca, saludándole con el mismo respeto con que

(1) «Les hice interrogar si ellos eran vasallos de Mutezuma, y el dicho Quauhpopoca respondió que si habia otro señor de quien pudiera serlo.»—Cortés. Segunda carta.

(2) «E asimismo les pregunté si lo que allí se habia hecho habia sido por su mandado, y dijeron que no, aunque despues, al tiempo de que en ellos se ejecutó la sentencia que fuesen quemados, todos á una voz dijeron que era verdad que el dicho Mutezuma se lo habia enviado á mandar, y que por su mandado lo habian hecho.»—Cortés. Segunda carta.

acostumbraba hacerlo siempre. Con acento severo le dijo que los acusados le culpaban de haber ordenado la muerte de los españoles. Los vasallos habian sido sentenciados á perder la vida por haberse excedido en sus hostilidades. El monarca, si era digno de consideracion por los notables beneficios hechos hasta entonces, no por esto podia quedar sin recibir algun castigo. Terminadas estas palabras, mandó al soldado que le pusiese los grillos en los piés. Quieto, y con severo semblante, esperó Cortés hasta verlos colocar; y en seguida, volviendo la espalda, salió del aposento sin pronunciar una palabra.

Moctezuma quedó aterrado. Le parecia que su espíritu era presa de alguna horrible pesadilla. El cetro de sus manos estaba deshecho, y sus piés sentian el peso del hierro que les sujetaba. Aquel golpe inesperado y humillante anudó su lengua y suspendió su pensamiento. Largo rato permaneció sin movimiento: sin poderse dar cuenta de lo que le pasaba; privado de sus facultades intelectuales. Sentia un enorme peso en el corazón que le impedía respirar y que le ahogaba. El llanto asomó al fin á sus ojos, y la honda pena que le abrumaba empezó á salir deshecha en llanto y en suspiros que aliviaron la opresion de su pecho. Los nobles que le acompañaban, conmovidos por la abatida situacion de su bondadoso soberano, derramaron copioso llanto y procuraban evitar que los grillos lastimasen sus piés, colocando entre el fierro y el cutis blandos algodones que impidiesen el contacto.

Yo no puedo considerar, sin conmoverme, sin experimentar una pena profunda que llena de tristeza mi corazón, en lo que el desventurado Moctezuma sentiria al ver

convertidos, de repente, su grandeza, los respetos, las consideraciones y el poder, en vilipendio, abandono y humillante prision. Habia caido de la mayor y deslumbrante altura, á la mas oscura y profunda sima. Sobre su persona, considerada hasta entonces por inviolable, acababa de colocar sus rudas manos un oscuro soldado, para ponerle los pesados grillos del criminal. Su prestigio y su dignidad habian acabado. Para los extranjeros, nada era ya. Los mismos vasallos que á su lado lloraban, veian ya su pequeñez, su humillacion, sus lágrimas.

Todas estas reflexiones que se agrupaban en la mente del infeliz monarca, oprimian su corazon horriblemente.

Los que le han juzgado por las acusaciones de los que habian sido sentenciados á muerte, lejos de compadecerse, han arrojado sobre su nombre nuevas manchas con que han hecho poco apreciable su memoria (1). No seré yo el que contribuya, con mis humildes escritos, á dar fuerza á esa opinion ofensiva contra la honra del monarca azteca. Bastante es el cargo que pesa sobre él de irresoluto y débil, sin que se trate de agregarle aquellos de que no hay una íntima certeza. Yo no creo que Moctezuma hubiese

(1) Un escritor, que no es español, y que con el nombre de Pedro Pruneda, publicó en Madrid en 1867 la *Historia de la guerra de Méjico*, desde 1861 á 1867, califica de «hipócrita y rastjera» la conducta de Moctezuma. Dice despues que «Moctezuma, de suyo poco animoso, como todos los déspotas y traidores: cuando han de habérselas frente á frente con otro hombre, negó que tuviese participacion alguna en los atentados de su general Quauhpopoca.» Hablando luego de las demostraciones de aprecio hácia los españoles, le niega que fuesen nacidas de un sentimiento noble y sincero. «No se crea, dice, que este afecto era hijo de un sentimiento bondadoso y sincero de Moctezuma: en pechos tan ruines, que abandonan su patria á un pueblo extraño, no caben nunca tan

ordenado á Quauhpopoca el alevoso asesinato de los españoles enviados por el gobernador Juan Escalante. Este acto no pudo ser sino obra del que lo ejecutó. No dudo que le daria instrucciones para sujetar á los pueblos totonacos que se habian negado á pagar el tributo. Esta disposicion era justa, y en nada contraria á los españoles. Los totonacos eran unos rebeldes al soberano azteca, y en su dignidad y en su derecho estaba reducirlos al órden. Podia aun haber ordenado, porque estaba en su derecho, que se combatiere contra cualquiera que se presentase á impedir sus órdenes; pero no es verosímil que un soberano descendiese á dar instrucciones para un asesinato que no podia dar sino resultados funestos. Hay vehementes indicios, que casi tienen la fuerza de una prueba poderosa, para creer que la muerte de los castellanos solo fué dispuesta por el gobernador Quauhpopoca y sus adictos. Si de órden del emperador se hubieran ejecutado las hostilidades contra los españoles, en vez de hacer que compareciesen los acusados para entregarlos á Cortés, les hubiera dicho que se fingiesen rebeldes, con lo cual se hubiera podido disculpar con el general castellano, manifestándole, con sentimiento, que sus órdenes ya no eran obedecidas.

bellos instintos. Moctezuma no desconocia los odios y rencores que su crueldad habia hecho nacer entre sus vasallos, y los remordimientos de su conciencia le anunciaban con miedo y espanto que llegaria un momento de horrible expiacion.» No se pueden dirigir cargos que mas empañen la memoria de un gobernante, que los dirigidos por el Sr. Pruneda al monarca azteca. Yo no me hubiera atrevido á hacerlos, sin tener mas pruebas que las que existen, las cuales se reducen á lo dicho por los que tal vez, por salvar la vida, quisieron hacer responsable de sus actos al monarca.

Mientras los nobles que rodeaban á Moctezuma procuraban hacer menos penosa su triste situacion, Hernan Cortés pasó á dar las órdenes para la ejecución de la sentencia pronunciada contra los reos. Mandó á las guardias del cuartel que no permitiesen entrar á nadie á ver al soberano. Formó luego la tropa, y dando las instrucciones necesarias, mandó que fuesen conducidos al suplicio Quauhpopoca, su hijo y los demás cómplices. Los sentenciados á muerte, atadas las manos, salieron del cuartel, en medio de una respetable fuerza española que marchaba en orden de batalla. El pueblo, asombrado, se agolpaba á ver pasar á los altos personajes que iban á sufrir la muerte públicamente, por sentencia de los extranjeros. El sitio dispuesto para la ejecución era la plaza en que se hallaban los palacios de Moctezuma, enfrente del que éste habitaba antes de ser conducido preso, y que, como he dicho, se hallaba en el mismo sitio que ocupa actualmente el palacio nacional. Una gran cantidad de arcos, flechas, macanas, lanzas, cascos y escudos de madera que estaban en la armería real, se hallaba, formando grandes piras, enfrente del palacio. Era la leña destinada á la hoguera en que debían perecer los sentenciados. La tropa formó el cuadro para impedir que el pueblo tratase de oponerse á la ejecución. El gentío era inmenso; pero permanecía mudo, absorto. Ignoraba lo que dentro de los cuarteles habia pasado. No sabia que su monarca se hallaba, en aquellos instantes, sufriendo el duro peso de los grillos, y no se atrevia á tomar una actitud hostil por no desobedecer las órdenes dadas por Moctezuma, que habia recomendado la paz y el sosiego de la ciudad. Los reos, que llevaban ligadas las manos,

fueron atados allí de los piés, y conducidos al lugar en que debían sufrir la pena. Quauhpopoca, colocado sobre la leña en que debia ser quemado, volvió á manifestar que habia obrado por orden de su soberano. Luego, dirigiéndose á su hijo y á los demás que con él iban á perecer, les alentó á que sufriesen con resignacion la muerte. Pronto se aplicó el fuego á la pira; y pocos instantes despues dejaron de existir, á la vista de un inmenso pueblo que habia acudido de todos los barrios, y aun de varios pueblos comarcanos (1).

Si la multitud hubiera llegado á saber que su soberano gemia, en aquellos momentos, aherrojado como un criminal, no debe dudarse que se hubiera lanzado sobre los españoles, dando principio desde el mismo instante á un combate sangriento. Pero ignoraba el suceso, y estaba en la creencia de que el castigo á Quauhpopoca era por disposicion del soberano.

Por lo que hace al género de muerte, no podia llamarles la atencion. Estaban familiarizados, en sus fiestas religiosas al «dios del fuego», á ver quemar en la hoguera á los prisioneros; y el castigo aplicado á los que habian contravenido á las órdenes del monarca, no tenia nada de extraordinario (2). Ni era el primer caso en que per-

(1) Prescott sufre un error al decir que se «verificó la ejecución en el patio del palacio». Claramente dice Hernan Cortés que fué en la plaza. «E así fueron estos quemados públicamente en una plaza, sin haber alboroto alguno». Lo mismo asegura Bernal Diaz.—«Fueron quemados, dice, delante de los palacios del Montezuma.»

(2) En la fiesta que en el décimo mes, que empezaba el 26 de Agosto, dedicaban á Xiuhteuclli, dios del fuego, se ataba de piés y manos á los prisione-

sonajes de alta categoría fuesen condenados á la hoguera. Aun no hacia mucho tiempo que el príncipe Ixtlilxochitl, hermano del rey de Texcoco, habia hecho quemar vivo, delante de todo su ejército, y sobre un monton de cañas secas, á un primo del emperador Moctezuma que hizo prisionero (1).

No seria, sin embargo, esta una disculpa para Hernan Cortés, si para tratar de justificar el género de muerte por él aplicado, se intentase hacer valer la costumbre de los aztecas en conducir á la hoguera á los prisioneros en un mes determinado del año. La sentencia mandada aplicar por él á los acusados como reos de lesa majestad, no puede sorprender á los que conozcan los códigos penales observados en los países mas cultos y civilizados de Europa en el siglo xvi. Por terrible que nos parezca, como realmente lo es, el castigo del fuego, no podemos culpar á los hombres, porque vivieron en una época en que regian leyes que están en pugna con las ideas actuales (2).

No soy panegirista ni contrario de Cortés. Soy histo-

ros destinados al sacrificio, y se les llevaba al átrio, donde se encendía una inmensa hoguera. Los dueños de los prisioneros ó esclavos, llevando á éstos á cuestas, bailaban al rededor del fuego, y los arrojaban á las llamas. Luego los sacaban con unos instrumentos de madera, les conducian al altar de los sacrificios, les abrian el pecho, y les arrancaban el corazón. El lector puede ver en la descripción de las fiestas del año, que hago en el primer tomo, los pormenores de la celebrada al «dios del fuego.»

(1) Tomo primero de esta obra, página 763.

(2) Solís da á entender en su historia, que los reos fueron quemados despues de muertos. «Juzgóse militarmente la causa, dice, y se le dió sentencia de muerte, con la circunstancia de que fuesen quemados públicamente sus cuerpos.» Pero no es así. El mismo Hernan Cortés escribe á Carlos V, diciéndole que en «ellos se ejecutó la sentencia que fuesen quemados».

riador, y presento los hechos y hago presentes las costumbres de las épocas que toco, á fin de que el lector pueda juzgar con imparcialidad de los actos de los hombres que figuran en las páginas de mi obra.

Hernan Cortés les aplicó la pena mas terrible del código penal que, como he dicho, regia entonces en las naciones mas civilizadas de Europa.

El objeto fué que los mejicanos viesen que Moctezuma castigaba con la hoguera á los que hostilizaban á los españoles, que eran enviados de un monarca á quien, segun las profecías, correspondia el gobierno del país entero.

Terminada la terrible ejecucion, se dirigió Cortés á la estancia de Moctezuma, acompañado de cinco capitanes. Respetuoso y atento se acercó al emperador azteca, dobló la rodilla y le quitó los grillos con sus propias manos (1).

Con acento dulce y expresivas palabras, le manifestó la honda pena que habia sentido al verse obligado á imponerle aquel castigo, en virtud de las acusaciones de los que habian pagado con la vida el delito cometido.

Aquel acto de perdon que debiera haber abatido aun mas el espíritu de Moctezuma, haciéndole ver que su soberanía era ficticia, llenó de júbilo su alma. Miró en la disposición de Cortés una gracia de inestimable precio; el placer ocupó el lugar de la tristeza; desapareció el temor que le habia sobresaltado de perder la vida, y recibió la libertad con las demostraciones de la mas profunda gratitud. ¡Cuánto habia perdido de su dignidad aquel poderoso

(1) «Fué nuestro Cortés con cinco de nuestros capitanes á su aposento, y él mismo le quitó los grillos.—Bernal Diaz del Castillo.